

Septiembre
del 94



"Puzle literario en el que encajan todas las piezas"

"Si piensas que ya lo has leído todo, te sorprenderá"

"Interesante y visual"

SEPTIEMBRE DEL 94

LOLA KABUKI

ISBN-13: 978-1726248785

©Lola Kabuki 2019

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Del Código Penal).

CAPÍTULO 1: LA FAMILIA BAKER

VIERNES. BUS

SÁBADO. HUÍDA, RESCATE Y OPERACIÓN GASOLI-
NERA

DOMINGO. LA SILLA TURCA Y EL FORD MUSTANG
DEL 68 ROJO

VIERNES. BUS

Un día por la mañana, al ir a coger el coche para ir a trabajar, me di cuenta de que me habían rajado las cuatro ruedas.

No me hubiera preocupado demasiado si no fuera porque al día siguiente se las rajaron al coche de mi mujer.

Las cambiamos y decidimos dejar los coches estacionados en las calles más céntricas del pueblo, pero al día siguiente las ruedas volvieron a aparecer destrozadas. Pusimos una denuncia y volvimos a cambiarlas, pero la historia se repitió al día siguiente.

La policía no tiene ninguna pista, no saben nada de lo que está pasando de momento, aunque siguen investigando. O al menos eso dicen.

De esto hace ya casi una semana.

Vivo en un pueblo de 4000 habitantes en el que nos conocemos todos y no tengo problemas con nadie. Eso creo yo al menos, aunque está claro que el hecho de que nuestros coches hayan aparecido así cada mañana no es casual.

No tengo garaje porque nunca pensé que lo necesitara. Las calles son muy tranquilas y siempre hay aparcamiento de sobra cerca de cualquier sitio.

Ahora empiezo a plantearme seriamente comprar o alquilar alguna parcela cerrada cerca de casa.

La policía me ha pedido que les de un margen de tiempo y que no cambie las ruedas hasta el lunes.

No se muy bien de que sirve esto. Sólo se que como no tengo coche, me toca desplazarme a mi trabajo en autobús.

Lo odio.

Más de cuarenta minutos diarios de interminable viaje a la capital, que es donde trabajo.

Maldito transporte público.

Me suelo sentar al fondo, junto a la ventanilla de la izquierda siempre que puedo, y salgo 5 minutos antes todos los días para poder coger "el de en punto".

Parezco un crío.

Siempre he tenido coche.

Desde que me saqué el carné con dieciocho años, y nunca pensé que tuviera que desplazarme en autobús.

No estoy acostumbrado a esto.

Me asquea profundamente oler la colonia barata que se echa la gente para disimular que no se duchan. Se acercan casi amenazadoramente por el pasillo y a veces se sientan cerca o al lado, y tengo que ir respirando "eso" todo el viaje. Otras veces no es sólo la colonia, se mezclan otros olores.

Lo peor son los jueves y martes, días de mercado, cuando sube gente con bolsas cargadas de carne y pescado que me revuelven el estómago hasta sentir nauseas.

Gente que por lo visto, tampoco tiene coche.

Detesto las conversaciones matutinas sin fundamento.

Conversaciones radiadas a todo volumen entre individuos sin neuronas. Hacen participes de la mediocridad de sus vidas a todo el autobús.

Siempre son penurias: quién ha enfermado, quién esta terminal o quien ha muerto.

Simplemente deprimente.

Me he cansado de ver a jóvenes tontolabas en tropel. Recién salidos de clase, cargados de mochilas y carpetas. Jóvenes que hablan con la boca llena, que se alimentan a base de bollería barata y chucherías, haciendo crujir ruidosamente sus envases de plástico.

Jóvenes que mastican con la boca abierta, dejando a la vista sus sucios dientes y salpicando trocitos de comida mientras hablan a gritos.

Y es que necesitan hablar así, a gritos, porque como llevan la música a todo volumen en sus radiocasetes portátiles con auriculares, necesitan gritar para poder entenderse.

La llevan alta que se pueden escuchar perfectamente las canciones.

Conversan acerca de las cosas más insustanciales y surrealistas posibles. Lo más irreal que me he visto obligado a escuchar, fue un día en que dos chavales discutían acerca de cómo se hacían las predicciones meteorológicas.

El primer iluminado, decía que el tiempo era cíclico, que siempre se repite. Tres días sol, uno sol y nubes y luego dos de agua. Cuanto más al norte, más días de agua y cuanto más al sur, más días de sol, pero que todo vuelve a repetirse.

El segundo lumbrera, decía que cuando llueve en el norte, el agua en unos días "baja" al sur "por eso de la fuerza de la gravedad". Explicaba el hecho de que en el sur lloviera menos a consecuencia del evidente gasto de agua que se quedaba por el camino. Es decir, de norte a sur...

Como para explicarles a estos dos atontados que la tierra no es plana.

Los jóvenes que no llevan radiocasetes portátiles adosados al oído, llevan maquinitas de videojuegos. También con los sonidos a todo volumen. A veces suenan todas las máquinas a la vez, y las melodías compiten unas con otras por atraer la atención.

O por distraerla.

Los mayores suelen girarse malhumorados para ver quién es el atrevido mozalbete que lleva "esa música" tan irritante. A veces se sorprenden al comprobar que el que lleva la maquinita, es en realidad, lo que a simple vista podría ser un padre de familia honrado de casi cincuenta años.

Ladean sus cabezas cansados y disconformes, y chasquean las lenguas en señal de desaprobación, pero nada

más.

No se atreven a mostrar su malestar en alto.

He intentado por todos los medios no coincidir con estudiantes, pero es bastante complicado. Fuera del horario lectivo la mayoría de ellos tiene clases particulares en alguna academia.

Coincido con algunas personas a diario, personas que hacen siempre la misma ruta a la misma hora y que a pesar de eso, van mirando el paisaje por la ventanilla con suma atención. Como intentando descubrir algo nuevo en lo mismo de siempre, algo que no han visto hasta ahora.

Algo que no verán jamás, porque no hay nada que descubrir.

Me disgusta profundamente intentar mirar por la ventana, y comprobar que no se puede ver nada. Los cristales chorrean.

Me costó lo mío descubrir lo que eran esos círculos grasientos de los cristales, justo a la altura de los ojos. A determinadas horas, la mayoría de la gente descansaba apoyando la cabeza justo ahí.

Hay freidoras industriales con menos grasa que las cabezas de esta gente.

Desde entonces, antes de sentarme, siempre me fijo en esos círculos e intento elegir un cristal lo más limpio posible.

Ahora mismo, son las casi las cuatro.

Es viernes, y no llego a trabajar.

La locutora de la radio, dice con voz estridente que el fin de semana lloverá, y a continuación pone lo que ha sido la canción del verano. O una de ellas, según dice: "Baby I love your way".

Tengo calor a pesar de que no lo hace. Estamos a finales de septiembre y no creo que hoy pasemos de los 22°.

No hace calor.

Se supone que este autobús debería haberme dejado en mi destino hace casi diez minutos.

Es viernes pero da igual, porque trabajo en un hipermercado familiar y mañana sábado, también me toca aparecer por allí.

En la séptima parada que hace el autobús desde que he subido, una octogenaria con gafas en forma de concha y moño cardado acompañada de su hijo sesentón (probablemente gay), no se deciden a subir.

Son como personajes de tebeo.

Ella lleva un capazo de esparto colgado del antebrazo, que probablemente usará para hacer la compra y parlotea con el chófer sin descanso. Sin sentido y sin escuchar.

Me remuevo incómodo en mi incómodo asiento de plástico. En parte por el calor, y en parte por la impaciencia.

Percibo una oleada de fuego pegajoso subiendo por la espalda, y la separo lo máximo posible del respaldo para estar más cómodo. No es fácil porque hay muy poco espacio entre asientos.

Mis rodillas chocan contra el respaldo delantero y una pareja de gitanos de edad indefinida se giran para comprobar con cierta precisión ocular, que no ha habido ninguna mala intención por mi parte.

La mujer tiene un crío sentado encima, al que se le caen los mocos mientras discute con el hombre sobre un trabajo que le ha debido salir a él. En un taller mecánico.

Casi no les puedo entender a pesar del alto volumen de la conversación porque hablan medio en castellano, medio en su idioma. Él no parece muy contento por tener trabajo.

El niño me mira con los ojos redondos como platos y de color café, muy atento.

Se sorbe los mocos ruidosamente, hasta que le suben rápidamente por la nariz hasta quedando casi ocultos.

Al poco vuelven a caer densos como natillas de vainilla, hasta su labio superior para quedarse ahí un buen rato, al

borde de la boca.

Aparto la mirada asqueado y me centro en el chofer, que por algún motivo mantiene el autobús parado.

Me ha debido tocar el único hablador de la línea porque sigue hablando con "octogenaria e hijo", y les está explicando horarios y paradas.

Desde mi sitio no puedo oírlo, pero es lo que me imagino.

Otra cosa no tendría sentido.

Que ganas de tener coche otra vez.

Si algún día me llego a enterar de quien es el cabrón que me jode las ruedas, le rompo las pelotas.

Miro por la ventanilla y analizo nuestro típico paisaje gris e industrial. No hay ni rastro de color verde, sólo el de la camiseta de un crío en su sillita rodeado de muñecos de plástico que espera con su madre en un paso de cebra.

Y no hay más color.

Ni dentro ni fuera del autobús.

El niño de la camiseta verde, tira constantemente los muñecos al suelo y se ríe mientras los recoge la madre una y otra vez. Creo que a la madre la conozco de vista, o de algo... pero no sé d qué.

"Octogenaria e hijo" parece que ya se han decidido: no suben.

Se cierran las puertas y el bus se pone en marcha.

Increíble.

Ahora sólo me falta coger todos los semáforos en rojo.

El chofer se despide y cierra la puerta.

No me equivoco en mis pronósticos, y llego casi veinte minutos tarde.

No es que me importe demasiado porque no tengo que fichar.

Soy el gerente, el responsable, no tengo a nadie por encima, aunque cierto es que debería al menos llegar a la hora para dar ejemplo al resto de trabajadores. O incluso mucho antes de la hora.

Tenemos varios supermercados en diferentes ciudades y en este hipermercado en la capital, que es donde tenemos las oficinas centrales, y desde donde se gestiona todo.

Bajo del autobús incómodo, con gotas de sudor resbalando por la espalda y los calcetines húmedos.

Cuando entro por la puerta, dos empleadas, "frutería" y "carnicería" respectivamente, me miran con cara misteriosa y sueltan risitas indiscretas entre ellas.

No sé si por mí o por cosas tuyas. Saludo apresuradamente y me meto en la oficina.

Una americana gris claro de Armani descansa en el respaldo de una silla.

La reconozco de inmediato.

Un hombre de altura considerable y ancha espalda mira con atención unos papeles, con una taza de café en la mano izquierda.

Hoy venía el "Gran jefe".

Normalmente no suele avisar de sus visitas, pero hoy sí, porque se quiere reunir conmigo.

"Gran jefe" es mi padre.

Él es en realidad el jefe de todo esto.

Yo sólo soy su marioneta.

Aunque ya esté jubilado oficialmente, tiene por costumbre realizar visitas periódicas para organizarlo todo a su manera, y para comprobar personalmente que no hundo el negocio que, como él dice, "tanto le ha costado levantar".

Cuando realiza sus apariciones sorpresa, intento no inquietarle mientras trabaja, por miedo a que me pida colaboración.

Desde pequeño he tenido la sensación de que no le caigo bien, pero tampoco es algo que me preocupe, porque no le cae bien casi nadie.

Mi abuelo era indio americano, comanche. Mi padre es mitad indio, de ahí le viene el apodo.

Nació en California y con sólo 17 años, llegó aquí por negocios hace más de sesenta años. Su familia se dedicaba

a la ganadería, y él quería intentar hacer negocio en el maravilloso mundo de la alimentación.

Y lo consiguió.

Mi padre siempre ha conseguido "todo" lo que se ha propuesto en la vida.

Siempre ha sido el "Gran jefe", y no sólo en el trabajo. Creo que no sabe ser otra cosa.

Sólo sabe ser jefe, y desde que ha enviudado, hace tres años, es más "jefe" que nunca.

Está sentado en la mesa con sus gafas de leer de cerca apoyadas en la nariz. Su aspecto es impecable como siempre.

En un acto casi reflejo me miro de arriba a abajo. Siempre he envidiado su cuerpo atlético y porte elegante, que yo, de cuerpo blando con tendencia a engordar, y casi diez centímetros más bajo, no he heredado.

Se puede oler su aftershave desde la puerta, y yo hace tres días que no me afeito.

Mi padre toma café sólo. Levanta un instante sus ojos del papel y me mira, me saluda de forma elegante con una ligera inclinación de cabeza, para volver inmediatamente después a sus facturas.

Hay varios archivadores abiertos sobre la mesa. A saber qué papeles estará mirando.

Miro por encima del hombro: facturas.

Me preocupo porque creo que esto puede ir para largo.

Le devuelvo el saludo algo acelerado y a destiempo, y levanta nuevamente la cabeza para mirarme con cierto afecto y una media sonrisa. Se levanta para coger otro archivador y yo me dirijo al "vestuario" a ponerme mi "ropa de trabajo".

Lo que llamamos "vestuario" sólo un triste cuartito sin ventanas que tenemos junto a la sala de descanso. Armarios, taquillas dos bancos de madera y un espejo grande y rectangular.

El resto de trabajadores tienen otro diferente, mucho más grande, junto al almacén, que tampoco tiene ventanas.

Saco del armario mi ropa de trabajo: una chaqueta azul marino con una corbata de rayas grises y granates. La chaqueta está un poco arrugada así que la intento alisar con la mano mientras pienso en lo larga que va a ser la tarde.

Seguro que mi padre me entretiene con sus tonterías. Me va a pedir alguna factura que no aparecerá, y me dará la charla.

Le oigo hablar a lo lejos, pero no sé qué me dice. A lo mejor no habla conmigo, a lo mejor está hablando por teléfono.

Me peino con los dedos y cuando me miro en el espejo que hay junto al colgador, veo la cara de un hombre profundamente agobiado.

Gris, triste, que probablemente parece mucho más viejo de lo que es en realidad.

Tengo cara de paisaje.

Soy yo y casi ni me reconozco.

Me siento como si me hubiera hecho viejo de repente y me tomo mi tiempo para intentar rescatar algún recuerdo de la última vez que el espejo me devolvió una imagen joven y feliz de mi mismo.

Vuelvo a sentir la misma ola de fuego del autobús, pero esta vez en mi cabeza.

Me acuerdo de las ruedas pinchadas del coche y me caliento un poco más.

Aliso la chaqueta de nuevo.

Mi padre sigue hablando sólo, a pesar de saber que no le puedo oír.

Le grito que ahora voy, sabiendo que casi seguro que tampoco me oye y dejo de alisar la chaqueta.

No tiene remedio, que le vamos a hacer.

Habrà que mandarla a la tintorería.

Apoyo la espalda contra la pared y respiro tan hondo como si fuera a hacer un largo buceando en la piscina.

Me dirijo a la oficina resignado a perder la tarde, y dispuesto a dejar que mi padre me torture, pero al pasar por la sala de descanso, veo por la puerta abierta a mi hijo tirado en el sofá.

Con los pies sobre la mesa, viendo la tele, leyendo un cómic porno japonés y fumando.

Sorprende cómo a veces es capaz de hacer más de una cosa a la vez, y otras veces no es capaz de hacer nada.

Mi hijo se llama Quannah, y en buena hora se nos ocurrió ponerle ese nombre.

No merece llamarse igual que el último gran jefe y guerrero legendario de la nación comanche.

Antes de que naciera pensábamos llamarle John, como primogénito. Es una tradición familiar.

Continuar con la cada vez más decadente saga de los llamados John Baker.

Me temo que hemos ido degenerando la especie de generación en generación.

Cuando nació, mi padre se empeñó en que le llamáramos Quannah.

Decía que se notaba en la mirada (el pobre ni siquiera abría los ojos), y en la forma de los pies y las manos, que acababa de nacer un guerrero.

Alguien que sería legendario, que "todo" estaba lleno de señales y que era mejor no contradecirlas ni llevarle la contraria al destino.

Consiguí que cambiáramos de idea, y así es como rompimos la tradición y nació Quannah Baker, mi hijo. Una réplica infernal pero casi exacta del legendario Quannah Parker^[1].

El mismo día que le inscribí en el registro me di cuenta del error.

Mi hijo no es honorable, no tiene palabra, no tiene respeto, aunque desde luego, es un guerrero.

Parece un delincuente juvenil salido de una película de miedo. Qué pelos tan largos, qué camiseta tan llena de grasa (una camiseta negra que dice "The client is always wrong[2]", que le prohibí expresamente que trajera a trabajar), y qué botas tan sucias. Tiene las orejas, cejas y nariz agujereadas y lleva collares y muñequeras de cuero, y espalda y brazos tatuados como un salvaje amazónico.

Asomo la cabeza por la puerta, y le digo por las buenas que se ponga a reponer pero ya.

Mi voz suena demasiado ronca de repente, y supongo que por eso se sobresalta ligeramente en el sofá.

Me suelta que el trabajo es algo tan bueno, y que ha decidido generosamente dejarlo para los demás.

Se queda tan tranquilo y se empieza a reír como el inútil que es y me dice que si, que no le agobie.

Echa la ceniza del porro al suelo y me dan ganas de sacudirle.

Aquí no se fuma.

Me planto frente a él, tapándole la tele deliberadamente, para ver cuánto tarda en empezar a trabajar.

Se levanta del sofá con agilidad para explicarme que se le ha olvidado que hoy tenía que venir a la tarde, y que ya tiene planes.

... bla, bla, bla...

Este hijo mío es un mierda que sólo piensa en divertirse.

Algo he debido hacer muy mal con él en algún momento, pero ya es mayorcito. Cada uno elige lo que quiere y tiene lo que se merece.

Eso me pasa por haberle dado demasiado. Lo ha tenido todo y nunca ha tenido que molestarse por tener que conseguir nada.

Me echa humo en la cara mientras habla.

Tonto del culo.